

LOS NUESTROS

CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA

Era hijo de una loca y nació en un retrete • Llegó a España como rey a los 17 años sin hablar una palabra de español • Fue el último monarca renacentista y el primero barroco • En la ruptura religiosa entre católicos y protestantes trató de conciliar los bandos • Conquistó casi toda América en 20 años

La España imperial

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

El hombre más importante del mundo durante la primera mitad del siglo XVI era hijo de una loca y nació en un retrete. Llegó a España como rey a los 17 años, sin hablar una palabra de español y pésimamente preparado para las tareas de gobierno. Sin embargo, a su muerte en el Monasterio de Yuste (Cáceres) en 1556 se le tenía por el mejor de los príncipes, el más sabio de los reyes y el más afortunado emperador de toda la Cristiandad.

Su hijo y heredero Felipe II fue en buena medida el responsable de la conversión del Emperador en lo más cercano a un semi-dios, mezcla de Eneas y Alejandro. Pero había base real para la propaganda: su fuerte personalidad, su gran capacidad militar, su ambición política y la enorme cantidad de adversidades que supo afrontar y superar a lo largo de su vida lo convirtieron en el más atractivo de los personajes públicos de su tiempo. Para España, adonde llegó extranjero y murió devoto, fue grandioso y dañino, perjudicial y formidable.

Grandes historiadores y eminentes pensadores de nuestras cosas, como Claudio Sánchez Albornoz o Salvador de Madariaga, han sostenido con fundamento que al convertirse España en el centro de un Imperio regido por la Casa de Habsburgo se apartó de su desarrollo natural como potencia ibérica, mediterránea y americana, siguiendo la pauta de los reyes más importantes de nuestra historia: Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Eso es cierto. Pero murió el príncipe Don Juan y luego el príncipe Miguel, hijo y nieto respectivamente de los Reyes Católicos, recayendo la corona en el hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, abandonado por su madre a la tutela de Maximiliano de Habsburgo y de quien su abuelo Fernando sospechaba, por muchas razones, que podría ser un muñeco en manos del abuelo borgoñón y un juguete en las de Francia. Por eso pensó muy seriamente en poner en su lugar a su hermano Fernando, criado en España y de muy buenas cualidades. Al final, no obstante, se impuso la lógica institucional y la Historia circuló por los mudables caminos que los españoles de entonces y el común de los europeos dieron en tomar.

No hay razón para echarle la culpa a Carlos por todo lo que España dejó de ser, puesto que con él fue más de lo que había sido nunca. Y si, para bien y para mal, se volcó en la aventura de una Monarquía Universal bajo el signo de la Cruz y de la Espada, todo en los ocho siglos de la Reconquista, de la invención obstinada y la forja durísima del proyecto español, llevaba de forma casi natural al sueño hecho realidad de Carlos de Gante. Echarle la culpa a la Historia de ser Historia es absurdo. Sobre todo cuando bajo el primero de nuestros Austrias ofrece un paisaje tan apasionante.

A los 17 años era Rey de España y a los 19 Emperador de Alemania, en pugna con el que habría de ser su rival en todo: Francisco I de Francia. García Mercadal dedicó un hermoso libro casi olvidado a esta lid que tuvo rasgos literarios y caballerescos, sin ocultar la irreductible rivalidad de los dos países, los dos gallitos de Europa durante siglo y medio.

Pero quienes primero hicieron armas contra el Emperador fueron los valencianos ogermeados y los comuseros de Castilla.

Fueron ambas rebeliones complejas, más contra la corte flamenca y despótica que había traído el Emperador y contra ciertos abusos sociales ya antiguos que contra el propio Carlos. Militarmente resultaron irrelevantes, puesto que los grandes señores, después del primer forcejeo, abandonaron a su suerte a los caudillos de las ciudades.

En un año, con la victoria comodísima de Villalar y la ejecución de Padilla, Bravo y Maldonado se zanjó la cuestión. Políticamente, en cambio, aún se discute si tras la guerra quedó derrotada una alternativa de régimen o si Carlos aprendió la lección y se tomó ya muy en serio las cosas de Castilla. Más parece lo segundo, pero el proyecto de la *Monarchia Universalis*, que tras la salida de la Corte de Chièvres y Adriano de Utrecht y su sustitución por Gattinara se convierte en la clave política de Carlos, tenía una dinámica en la que lo universal y católico primaba sobre lo particular. Y eso podía apreciarse en la España que salía de la Reconquista más que en cualquier otro país.

El gran problema del Emperador y, en consecuencia, de España, fue el de la ruptura religiosa entre católicos y protestantes. Al año de proclamarse Emperador ya fue excomulgado Lutero,

pero Carlos trató durante años de conciliar los dos bandos. Tampoco pudo mediar Erasmo de Rotterdam, figura de equilibrio, apreciadísima en España por los reformadores religiosos y al que Cisneros, a pesar de ser Inquisidor General o por eso mismo, le ofreció una cátedra en su Complutense. La reforma de las malas costumbres de Roma había sido emprendida años atrás por Isabel y continuada por Cisneros. Tenía España un clero menos levantisco pero más seriamente religioso que otros países, así que la simpatía erasmista de círculos intelectuales relativamente amplios quedó en melancolía.

La desaparición de Gattinara, sustituido por Francisco de los Cobos, y la muerte de Alfonso de Valdés, secretario del Emperador, marcan el final de la política de conciliación. Fue el Emperador y no Felipe II el que trazó la estrategia de la Contrarreforma, aunque su hijo la consumara. La supuesta diferencia de carácter y de ideas entre padre e hijo nunca se manifestó. La autoridad de Carlos, su apabullante prestigio eran, más que indiscutibles, agobiantes para Felipe.

Tampoco había muchas alternativas. Toda Europa se inflamó con la disputa religiosa, pronto convertida en guerra. En Alemania y los Países Bajos los nobles buscaron más poder, sincera o hipócritamente, apoyando

a los reformadores. Lo militar, lo religioso y lo político se mezclaron de forma inextricable. Las disputas teológicas terminaron en batallas y en autos de fe.

Carlos, al cabo nieto de Fernando el Católico, fue el mejor caudillo militar de su época. También fue Italia el teatro de sus mejores éxitos. Buscando siempre el Franco Condado y el Milanesado como claves estratégicas, hizo campañas brillantísimas, como la primera guerra contra los franceses, con las célebres batallas de Bicocca y Pavía. Siempre vencía Carlos a Francisco, hasta llegar a hacerlo prisionero y encerrarlo en la torre de los Lujanes, pero siempre se rehacía la poderosísima Francia.

Carlos libraba sus combates más duros contra los banqueros, como ha estudiado Carande, para financiar sus continuas y costosísimas guerras. Lo que no tuvo nunca ni supo enseñar a su hijo fue el rígido control económico de Isabel y Fernando. Tras una larga etapa de bonanza llegaron los achaques monetarios y fiscales.

No obstante, lo que Carlos mantenía con pérdidas en Europa lo ganaba en América con la mayor hazaña de la historia de los españoles: la conquista de casi toda América en 20 años y sin gastar la Corona un solo escudo. La primera vuelta al globo terráqueo, la conquista de Perú, México y demás dominios del Nuevo Mundo, la propia vitalidad de la sociedad española y en particular castellana, en todos los ámbitos de las ciencias y de las letras, convierten a la España de Carlos I en una fuente inagotable de hallazgos.

Sus tropas saquearon Roma en 1527, pero tres años después el avieso Papa lo coronó emperador, en el apogeo de su gloria. Tuvo un matrimonio felicísimo con Isabel de Portugal, aunque sólo duró 13 años y no se volvió a casar. Sus correrías extramatrimoniales fueron escasas aunque una, la de Bárbara de Blomberg, tuvo el fruto del bastardo genial Don Juan de Austria. Fue sobre todo amigo de la buena mesa y gran bebedor de vino y cerveza, lo que le produjo padecimientos de gota durante media vida.

Fue el último monarca renacentista y el primero barroco. Asoció muy pronto al trono a su hijo Felipe, pero no abandonó realmente el Poder hasta dos años antes de su muerte, cuando vio que su gran victoria de 1547 contra los protestantes en Mülbberg no había servido de nada, y que el Concilio de Trento sólo certificaría con todos los honores la división de los cristianos. Para satisfacción de los turcos, dueños de medio Mediterráneo y pesadilla constante.

Carlos comprobó que el mapa estratégico trazado por sus abuelos Isabel y Fernando era, en el fondo, inalterable. Y que España habría de ser la clave de lo que en ambos mundos intentara. Cuando lo entendió, fue adentrándose cada vez más en la morada vital hispánica, que ayudó a configurar de forma decisiva. Y teatralizó su aprendizaje vital y su testamento político retirándose a morir al monasterio de Yuste, bien que sin dejar de comer y de beber hasta el fin de sus días. Mandó que lo enterraran con la cabeza bajo el altar, para que anónimos monjes pisaran sobre la cabeza del hombre más poderoso del mundo. Sacó a España de sí misma, lo que, ni para bien ni para mal, tiene remedio. Tendió todo su tiempo de español, un color todavía esigmático.



Carlos I de España y V de Alemania nació en Gante (Flandes) en 1500. A los 17 años era Rey de España y a los 19 Emperador de Alemania. Su gran rival en todo sería Francisco I de Francia, al que siempre vencía y al que llegó a hacer prisionero. Fue el mejor caudillo de la época y sus tropas saquearon Roma en 1527. Su mayor hazaña sería la conquista de casi toda América en 20 años. Casado con Isabel de Portugal, murió en el Monasterio de Yuste (Cáceres) en 1556.

MORALES